

uses of resources and different ways of developing mountain territory, more in harmony with the natural equilibrium found there. Today more than ever is the need felt for models of development that do not waste resources or alter our basis for life

–alterations that, in mountain areas especially, easily risk becoming irreversible.

Maria Giulia Cantiani
 Università degli Studi di Trento

**Enric Saguer Hom, Gabriel Jover Avellá y Helena Benito Mundet (Eds.)
 Comptes de senyor, comptes de pagès. Les comptabilitats en la
 història rural**

Girona, Associació d'Història Rural de les Comarques Gironines/Centre de Recerca d'Història Rural de la Universitat de Girona/Documenta Universitaria, 2013, 358 pàgines

Este libro se emplaza en el punto de maduración de una larga etapa investigadora previa del grupo responsable de su confección (la señal lejana de partida habría sido un seminario celebrado en Girona en 1988, y la más cercana y ligada a esta publicación concreta, un nuevo seminario tenido en octubre de 2011) –acerca de la utilidad de las contabilidades agrarias como instrumento fundamental para avanzar– no sólo en la historia rural, sino también en otros terrenos históricos específicos, como se advierte en este volumen. Una maduración que, entre otros aspectos, se expresa en la voluntad de afirmación metodológica que subyace a varias de las colaboraciones aquí incluidas, ya sea de forma manifiesta o implícita. Y aunque lo aquí recogido se ciñe a un territorio limitado (diversas comarcas de Girona, de la isla de Mallorca, además de una última contribución referida a Navarra) se percibe un diálogo fluido y constante con la historiografía agraria general, tanto española como internacional, siempre enfocado

a subrayar la utilidad de este tipo de fuentes, y a explorar el variado abanico social en el que se ubicaron sus autores o la riqueza de posibilidades que ofrecen en diferentes planos históricos.

El volumen está estructurado de una manera muy provechosa:

a) Una introducción en la que los editores, Enric Saguer, Gabriel Jover y Helena Benito, establecen un autorizado marco historiográfico, metodológico y técnico acerca de este tipo de contabilidades. Ciertamente, la contribución que firman Saguer y Jover lleva a cabo una caracterización precisa de este tipo de documentos privados, su heterogeneidad y pluralidad de usos, su frecuente tosquedad desde el punto de vista de la técnica contable, el umbral que supuso –en las grandes haciendas– la presencia de un administrador, así como la profesionalización de esta figura, acreditando un conocimiento exhaustivo de la historiografía sobre la cuestión y el dominio de una amplia perspectiva espacio-temporal. Helena Benito, por su

lado, completa esta parte introductoria con un análisis más técnico, que permite visualizar la evolución desde los primeros y muy elementales registros contables de la producción agraria –en Mesopotamia– a la invención posterior de la *partida doble*, difundida a partir del siglo XV gracias a la *Summa* del matemático Luca Paccioli, si bien la difusión de esta y otras mejoras a la agricultura sería tardía (el Código de Comercio de 1885 sólo obligaba a los comerciantes) y, más todavía, la publicación de manuales de contabilidad orientados específicamente a este sector económico, que en España se retrasó al primer tercio del siglo XX: los de Torrents Ballester, Rodríguez Pita y Girona, que la autora estudia en detalle.

b) El segundo bloque del libro, titulado «Les fonts comptables», es el más extenso y variado, con ocho textos en total, siendo el arco temporal realmente amplio, pues abarca desde las cuentas de instituciones feudales de carácter caritativo, como las *almojnas* de Girona o Barcelona, cuyos responsables llevaban cuentas (los *pabordes* de la de Girona, por ejemplo y los *procuradors generals* en la de Barcelona), lo que era excepcional en la época medieval, como se acredita en los textos de Rosa Lluch y Pere Benito, enriquecido éste último, además, por los cuadernos del procurador de Sitges, que nos permiten, entre otras cosas, conocer las formas de gestión y explotación de una reserva feudal. El siguiente paso estaría representado por la Baja Edad Moderna, gracias a diversos estudios sobre contabilidades eclesiásticas o nobiliarias en la isla de Mallorca (las posesiones de Son

Costa, del convento de Santo Domingo, los bienes rústicos del marqués de Solleric), pero también de las contabilidades mucho más elementales llevadas por campesinos de distinta condición económica en Girona o en Mallorca, todo ello a cargo de Gabriel Jover, Pere Gifre, Josep Villalonga, de Antonia Morey. Ésta última firma dos trabajos, el segundo de los cuales, referido a la nobleza de la isla, alcanza hasta el siglo XIX, en que la reforma agraria liberal supuso una cesura importante, impulsando a poner las cuentas al día y a recurrir para ello a administradores profesionales. Helena Benito cierra toda esta parte estudiando en paralelo –para subrayar sus diferencias– contabilidades industriales y contabilidades agrarias, en un período ya más tardío, que entra decididamente en el siglo XX.

Lo cierto es que todo este bloque es muy rico en tipologías, tanto por lo que respecta al soporte material y formato de las cuentas (libros o manuales de gran tamaño con tapas de pergamino o, más tarde, de cartón, simples pliegos u hojas sueltas de papel, libretas con anotaciones, como los *llibres de memoria* de los *masoveros* de Girona, dietarios, agendas, que en ciertos casos podían estar impresas, como las *agendas bufete* de los denominados *amos de posesión*, en Mallorca) como a sus autores que, en el caso de las grandes propiedades, no suelen ser sus titulares efectivos, sino un personal auxiliar más o menos especializado en estos menesteres y jerarquizado: por lo que respecta al marqués de Solleric, un antiguo comerciante ennoblecido, estaría primero el administrador, luego el *ma-*

joral de majorals, los mayores de las distintas posesiones que formaban este patrimonio o, en fin, el cobrador de rentas; en el caso de la nobleza rentista, que no explotaba directamente sus tierras, encontraríamos la figura del administrador, ya decididamente un profesional, a partir sobre todo del XIX. En cambio, por lo que atañe al convento de Santo Domingo era un grupo de monjes el que administraba directamente y llevaba las cuentas –uno de ellos– de las posesiones adquiridas en Montuiri y que en la documentación eran denominadas como Son Costa.

Una documentación contable, por otro lado, que puede revestir una gran complejidad y jerarquización interna en función del tamaño y la composición del patrimonio, la variedad de producciones obtenidas, el tipo de gestión (directa, en arrendamiento, en aparcería), el recurso a mano de obra externa, si el propietario explotaba directamente sus fincas, el peso respectivo de hombres y mujeres dentro de aquella, etc. La documentación generada por la administración de la hacienda agraria del convento ya mencionado de Santo Domingo puede ilustrar bien algunos de estos extremos, como se pone de manifiesto en la tabla de la página 106 en que se aprecia cómo, por ejemplo, cada una de las posesiones contaba con un libro propio de gastos, ingresos y cosechas, y cómo, asimismo, desde mediados del siglo XVIII los libros de cuentas se organizaron en dos grandes series: la primera de ellas, integrada por los libros de ingresos y gastos de las posesiones, y la segunda, por los libros de la producción agrícola y pecuaria.

Pero también en el caso de haciendas más pequeñas, como las de los amos de posesión mallorquines, la documentación contable, no siempre seriada, se desglosa en ocasiones, además de en el dietario o libro general, en libretas o cuadernos que dan información específica sobre el pago de la renta por los arrendatarios (anotando, además, desde mediados del siglo XIX, el pago de la contribución por parte de éstos, que se descuenta de la suma total); otras, en cambio, las de *collidores*, en que se registra el gasto en salarios, diferenciando entre distintas categorías de trabajadores y también por género, ya que las mujeres, empleadas sobre todo en la recogida de la aceituna, cobraban un salario inferior al de los hombres; libretas específicas para los distintos productos, etc. Pero a menudo ese conjunto de informaciones, vitales para conocer los quehaceres diarios, amén de otras cosas como la introducción de mejoras técnicas, el pago, dentro del personal, de los servicios de un capellán, etc., se anota indiferenciadamente, sin seguir un orden temporal estricto ni sumar el total de los gastos o de los ingresos. Los dietarios estudiados, del archivo Calafat, o los llevados por Antoni Rosselló posibilitan el captar sus ventajas como fuente histórica, pero también sus carencias.

Existe, a este respecto, una gran distancia entre estas fuentes contables y las producidas por los administradores profesionales, ajenos al ámbito estrictamente familiar en el que hasta el siglo XIX la nobleza había solido contratar a este personal (muy a menudo clérigos o criados de confianza, como el *majoral de majorals*) y que

dispondrán, en cambio, de una acreditada formación jurídica y en técnica contable, que les permitía llevar las cuentas en concordancia con las pautas establecidas por los tratadistas de la época (incluyendo, por ejemplo, estados de cargo y data). Los fondos del archivo del marqués de Ariany o archivo Cotoner ilustran bien estas novedades y perfeccionamientos, como muestra Antonia Morey.

c) la última parte de esta obra se dirige específicamente a escrutar las posibilidades que ofrecen las contabilidades, como fuente histórica, por medio de trabajos firmados por Gabriel Jover, Monica Bosch, Jordi Planas y Enric Saguer y, en fin, por José-Miguel Lana. En realidad, la atención a dichas posibilidades recorre todo el volumen, pero aquí se sistematiza o dirige hacia alguna variable concreta de las que integran el campo de estudio de la historia rural. Y cabría en este punto hacer la observación de cómo el libro permite advertir bien cómo esta disciplina se ha renovado al mover sus fronteras, siempre en función de nuevas preguntas, como ocurre con la buena historiografía, para entrar en otros territorios como pueden ser el de la historia de la educación (los avances en la alfabetización posibilitan que cada vez más propietarios o, en su defecto, sus hijos generen una contabilidad escrita), el de la historia de género (una perspectiva que es esencial a lo largo del texto), el de la historia de las élites y de las relaciones de poder en los espacios locales –si bien aquí cabría una mayor profundización en la bibliografía existente–, el de la alimentación, el de la cultura popular...

La utilidad de estas fuentes para lograr una percepción muy vívida sobre la estructura y funcionamiento de los mercados laborales en el mundo rural preindustrial es el objetivo que persigue Gabriel Jover, recurriendo de nuevo a *Els llibres de comptes de les possessions de Son Costa*, bastante excepcionales en el marco de las fuentes contables disponibles, para profundizar sobre este particular y para terciar autorizadamente en el debate sobre la demanda estacional de trabajo en las explotaciones cerealistas. El siguiente trabajo, firmado por Mònica Bosch Portell, busca, por medio del examen de la contabilidad del patrimonio de la familia Carles, unos hacendados ennoblecidos radicados en Girona y que disponían de administrador, además de estudiar las características de la fuente (su estructura en forma de *cargo y data*, ajustándose a las indicaciones de Troche y Zúñiga), ahondar en las posibilidades que este tipo de fuentes ofrecen respecto del funcionamiento de los mercados agrarios. Aparte de otras aportaciones, es interesante el análisis de la estacionalidad de las ventas y a partir de ella, de la condición o no de especuladores de los Carles, la red de compradores del trigo de la casa, etc. Jordi Planas y Enric Saguer, por su lado, efectúan una valoración más general, sobre la base de la información brindada por diversas contabilidades, a caballo entre los siglos XIX y XX, de su utilidad para el conocimiento del sistema agrario desde el enfoque de la producción, y que no se desvanece por el hecho de poder disponer, desde finales del siglo XIX, de una serie estadística regular de las principales producciones

agrarias españolas, ya que, como apostillan los autores, su carácter estrictamente privado confiere a estas fuentes un elevado grado de fiabilidad. Y el libro finaliza con la contribución, en castellano, de José-Miguel Lana, que acredita su larga experiencia en el manejo de esta documentación, la conciencia de sus límites, pero también de sus posibilidades, en especial por lo que atañe a algunas variables relacionadas con los mercados de productos y factores. Una muestra de tales ventajas se hallaría en el estudio de la productividad del trabajo, que analiza apoyándose en diversas contabilidades de propietarios navarros (o radicados

en Navarra). Y, levantando la vista hacia unos horizontes más amplios, Lana conecta las pequeñas historias que encierran estas contabilidades con la reformulación del comportamiento y de los mecanismos explicativos del sector agrario español en estos últimos siglos, en definitiva, con el debatido tema –tópico, en realidad– del atraso de un país situado en la periferia del capitalismo.

Rafael Serrano García

Instituto de Historia Simancas

Universidad de Valladolid

Mercedes Pascual Artiaga y Eva María Trescastro López
El desarrollo del municipio liberal y el reto de la alimentación en el Alicante de la primera mitad del siglo XIX

Alicante, Publicaciones de la Universidad de Alicante, 2013, 210 páginas

Parece una obviedad, pero a veces se olvida: en las sociedades preindustriales, e incluso en el tránsito de éstas a las sociedades modernas, el abastecimiento de alimentos básicos constituía un factor esencial para garantizar la supervivencia y el crecimiento de la población. En este tipo de sociedades, marcadas por la pobreza y los bajos niveles de PIB per cápita, una proporción muy elevada del consumo privado se canalizaba hacia la satisfacción de necesidades básicas, entre ellas, en primer lugar, la alimentación. La persistencia de las crisis de subsistencias y la consiguiente carestía de alimentos provocaba periódicas hambrunas que reducían la población y consumían los excedentes gene-

rados en los años de buenas cosechas. Estas poblaciones, debilitadas por el hambre, eran más vulnerables ante las enfermedades y epidemias, que hacían aumentar una mortalidad ya elevada de por sí. Con el avance del siglo XIX, y como resultado del crecimiento de la producción agraria (ya fuera gracias a un incremento de la superficie cultivada o a una modernización de las técnicas de cultivo y aumento de la productividad), la mayoría de los países europeos occidentales pudieron resolver la creciente tensión provocada por el aumento de población, superior en ocasiones al incremento de la oferta de alimentos. Este proceso discurrió paralelo al desarrollo de una incipiente legislación específica en torno al